

CAPÍTULO VIII

CARLOS VII.—JUANA DE ARCO.

Cárlos VII.— Entre los dolores que agobiaron á Cárlos VI, uno fué el ver morir á cinco hijos varones; le sucedió Cárlos VII (1422) que fué proclamado rey sin otro ceremonial que desplegar una bandera con las armas de Francia: se hizo coronar en Poitiers, á la par que era proclamado en París el príncipe inglés Enrique VI. Cárlos VII, que representaba la legitimidad y la independéncia, se hizo popular por sus simpáticas cualidades y por su bravura; pero le fué contraria la fortuna en las lides, y se vió arrebatar sucesivamente todo el país situado al Norte del Loira. Por befa le llamaban los ingleses el rey de Bourges, y de acuerdo con el duque de Borgoña se aprestaban á darle el golpe de gracia. Pero á este tiempo el duque de Gloucester, hermano de Enrique V, desembarcó en Francia para ocupar la Holanda, la Zelanda y Westfrisia, que le había llevado en dote Jacoba, hija del conde de Hainaut. Felipe el Bueno, que pretendía tener derechos á estos países, se puso en marcha para hacerlos valer en contra suya, y redujo á Jacoba á reconocerle por heredero, en el caso de que no tuviera hijos, con cuyo pacto este poderoso aliado se separó de Inglaterra.

Sea que tratase de aturdirse, ó que quisiera engañar á los demás, Cárlos VII pasaba alegremente el tiempo entre el placer y las fiestas, tanto, que un caballero le dijo: «No se podría perder más alegremente un reino.» Pero muchos franceses se indignaban del yugo extranjero, y pensaban en libertar de él á su patria. De aquel número era Du-nois, que se alababa de haber muerto por su propia mano á dos mil borgoñones; y la Hire, valiente por deber, sin ambición ni envidia, que dirigía á Dios esta oración: «Dios mío, haced por mí lo que quisierais que yo hiciese por vos si fuese Dios, y Dios la Hire.» Estos y otros valientes campeones procuraron algunas ventajas á las armas fran-

cesas; pero la soldadesca feudal y los orgullosos caballeros desdeñaban al pueblo y á las milicias de los concejos, cuya fuerza, ó no conocían ó envidiaban, al paso que los ingleses se adelantaban de victoria en victoria con soldados sacados de las filas populares y que llegaron á sitiarse á Orleans, después de haberse reconciliado con el duque de Borgoña (1528).

Perdía Cárlos toda esperanza, y pensaba retirarse como un desertor al Delfinado, pero una mujer había levantado al reino. Maria de Anjú, mujer del rey, comenzó á reanimar su energía, prometiéndole el socorro del cielo, y vendiendo todo lo que poseía para atender á los gastos de la guerra. Inés Sorel, su querida, se hizo perdonar sus debilidades sosteniendo su valor. Anunciándole un día un astrólogo que era llamada á encadenar el corazón de un gran rey, se volvió hácia Cárlos diciéndole: «Permitid, señor, que me vaya al lado de Enrique VI, porque pronto habrá reunido ambas coronas.» De esta manera fué como la mujer y la querida de Cárlos le apartaron de una retirada que hubiera ocasionado la pérdida del país.

Juana de Arco, 1410.—Pero si la Gran Bretaña no tiene en el día el fastuoso título de Reino Unido de Francia é Inglaterra, y si no tiranizó las conciencias en la Galia como lo hace en Irlanda, el mérito se debe á otra mujer que no se manchó ni con la corona ni con el amor. Aun se enseñan en el día cerca de la aldea de Domremy, en la diócesis de Toul sobre una colina cerca de un bosque de encinas, las ruinas de la ermita de Nuestra Señora de Vermont, y la perspectiva del valle que desde allí se descubre eleva el alma á Aquel que adornó el campo y la selva con tales galas que superan toda la pompa regia. Aquella ermita era venerada con gran devoción en todo el país; y quizá porque antiguamente se celebra-

ran allí los ritos paganos, la tradición asociaba á aquel sitio extrañas y temerosas ideas de hechicería. En la primavera el castellano y los paisanos acudían á bailar al rededor de una magnífica haya que allí se elevaba, á tejer coronas y adornarla como se hace con el mayo.

Una simple campesina llena de candor y piedad, llamada Juana, iba á pensar á la sombra de aquel árbol de las hadas, encendía todos los sábados un cirio delante de una imagen de la Virgen en el vecino bosque, uniendo á él la ofrenda de flores que había cogido haciendo pastar el ganado de su padre. No conocía el mundo, pero oía decir á sus padres que la patria estaba amenazada por el oprobio del yugo extranjero, y vió ó se figuró ver al arcángel Miguel á santa Margarita y santa Catalina, y con más frecuencia oyó voces que la animaban á libertar á su patria del invasor. Hija de paz llamada á empresas de guerra, á abandonar la rueca para ceñirse la espada, humilde en el fondo de su corazón y en presencia de los santos, de quienes se creía instrumento, pero sin contarse delante de los poderosos de la tierra, que nunca había deseado conocer, se presentó al señor de Vaucouleurs, pidiéndole la presentase al rey. Recházanle varias veces como visionaria; pero en fin, ceden al entusiasmo de una persuasión invencible y al impulso del pueblo, que cree y admira, cuando la prudencia discute y titubea. Fué presentada á Cárlos, á quien le revela un secreto conocido de ella sólo, y le hace la solemne promesa de que Dios tendrá piedad de la Francia. Cuando, en fin, se conoció cuán útil podía ser la intervención de la humilde pastora de diez y nueve años (*paupercula bergereta*), fué magníficamente acogida. Invitada á que hiciese un milagro: *No he venido á hacer eso*, respondió; *la misión que se me ha concedido es libertar á Orleans.*

Una comision de teólogos declaró que nada impedía considerar como divina la misión de aquella doncella; el parlamento opinó lo mismo. La suegra del rey, asistida de madronas, se aseguró de su castidad; pero el pueblo ensalzaba su admiración, y todos, hombres, mujeres, ancianos acudían á verla; después se marchaban con las lágrimas en los ojos, exclamando *¡Verdaderamente es enviada de Dios!* Insistiendo los doctores y sacerdotes en examinarla sobre la fe, sostuvo con tranquilidad su interrogatorio; pero ella contestó á sus sábias citas: *Examinadme: el libro de Dios dice más que los vuestros. Yo no conozco ni la A ni la B; pero vengo de parte de Dios á libertar á Orleans y á hacer consagrar al delfín en Reims. Pero antes debo hacer la intimación á los ingleses, Dios lo quiere. ¿Teneis papel y tinta? Escribid, os dictaré... á vosotros Sulford, Talbot, Glasdas, la Poule, en nombre del rey del cielo, os intimo volvais á Inglaterra, sino lo hareis muy pronto y con gran pérdida.*

Se le concedieron, pues, armas, como caballero aventurero, una armadura blanca, un caballo negro y la espada de Cárlos Martel, que ella había

pedido, pero que no llevaba en la mano, sosteniendo en su lugar el estandarte blanco con las flores de lis de oro. Marchó exhortando á los soldados á confiar en Dios, á amar la patria, á confesarse, á huir de las mujeres de mala vida, y se lanzó á su cabeza contra las trincheras de los ingleses. Los vencedores de Crecy y de Azincourt huyeron ante la admirable doncella, que había dado unidad al valor, autoridad al mando; y les fué preciso levantar el sitio de Orleans, que había sido salvada ya otra vez por un milagro. Marchaba siempre á la cabeza de los combatientes, pero sin dar muerte á ningun enemigo; pura de carnicería y vicios en medio de la sangre y de la corrupción de los campos de batalla; sencilla como una pastora, y desplegando el vigor de una heroína; temible á los enemigos, pronta no obstante á llorar cuando veía á uno morir, como también cuando por venganza ó envidia se le ultrajaba en su honor; afligiéndose sobre todo al ver perecer en las batallas á tantos cristianos sin confesión. No fué, pues, ni el valor ni las combinaciones políticas las que salvaron á la Francia, sino la piedad; y nó se puede, sin un vivo interés, leer en qué términos tan sencillos aquella doncella espresaba la profunda convicción que la hizo la libertadora de su país (1).

(1) «Si hice algun bien á la Francia, fué por gracia y mandato del rey del cielo, que me lo impuso por medio de sus ángeles y santos, y todo lo que yo soy, lo soy por revelación y voluntad de Dios. Obedeciéndole me presenté al rey, y antes me hubiera dejado hacer pedazos que presentarme á él sin el permiso del cielo. Todos mis actos están en la mano de Dios; en él y en nada más tenía puesta mi esperanza y la realicé con todas mis fuerzas. Nada me mandaron ó permitieron éstas sino con el permiso y aprobación de Dios, y todo lo que yo hice de orden suya, creo que lo he hecho bien, por esto mismo.

«No me bastarian ocho dias para repetir todo lo que Dios me reveló. Diré sin embargo cómo se me aparecieron los santos por primera vez. Hace siete años un medio día (tenía yo trece años y me hallaba en la huerta de mi padre) oí por primera vez á mi derecha hácia la iglesia una voz, y apareció ante mis ojos una figura rodeada de un esplendor no terrenal; su rostro era el de un hombre bueno y virtuoso; tenía alas, estaba circundada por todos lados de luz, y la seguían los ángeles del cielo. Los ángeles bajan con frecuencia entre los cristianos, sin que éstos lo noten, y yo he visto varias veces á alguno entre ellos. El que se presentó á mí fué el ángel Miguel. Su voz me pareció extremadamente venerable; pero como entonces era yo una niña, me dió mucho miedo aquella aparición, y dudé si sería verdaderamente un ángel. Después de haberla oído tres veces reconoí finalmente su voz, y me enseñó tantas cosas que es preciso creer que era efectivamente un ángel. Yo ví á él y á los ángeles claramente con estos ojos, como os veo ahora á vosotros que sois mis jueces, y creo en todo lo que él me ha dicho y hecho, como creo en la pasión y muerte de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo; y me inducen á tener tanta fe sus buenos consejos, y el auxilio y las sublimes lecciones que en todos tiempos me ha dado.

«Aquel ángel me dijo que sobre todo procurase ser una buena niña, conducirme bien y frecuentar la Iglesia, y que

El pueblo recuperando su confianza en Dios y en la patria, se sentía capaz de creerlo todo y de hacerlo todo: y los pervertidos armagnacs se doblegaron á las humildes y castas virtudes. Los ingleses cobraron tal miedo, que los nuevos refuerzos se negaron á venir de Inglaterra, y aunque Eduardo

Dios me asistiría. Me manifestó la gran piedad que Dios tenía de la Francia, y me dijo que yo debía acudir al socorro de su rey. Añadió que vendrían á verme las santas Catalina y Margarita, y que yo debía hacer lo que me diesen, porque eran enviadas por Dios para guiarme y asistirme con sus consejos en lo que tenía que hacer.

Segun había dicho el ángel, se me aparecieron después las santas Catalina y Margarita, las cuales me mandaron que cogiese mi hatillo y fuese á presentarme á Roberto de Brandicourt, capitán del rey en Vaucouleurs; que éste me rechazaría al principio varias veces, pero que por último se sometería á mis deseos y me daría gente que me conduciría adonde estaba el rey en lo interior de Francia, y allí yo haría levantar el sitio de Orleans. Les respondí que yo no era más que una pobre muchacha que no sabía montar á caballo ni dirigir una batalla. Entonces me dijeron que procurase llevar con valor mi bandera, que Dios me ayudaría, y que mi rey llegaría á recuperar todo el reino á despecho de sus enemigos. *Consuélate, añadieron, y cuando estés delante del rey, le darás una prueba tal, que le hará tener fe en tí y te dará la bienvenida.* Ellas me han guiado continuamente por espacio de siete años y me han auxiliado en todas mis miserias y trabajos; y ahora no pasa día que no vengan á visitarme. No las he pedido sino que protegiesen mi guerrera expedición, y que Dios prestase su auxilio á los franceses y defendiese sus ciudades; no pedí nada para mí propia, excepto la salvación de mi alma. Desde la primera vez que oí su voz, prometí espontáneamente á Dios permanecer virgen, pura de alma y de cuerpo, si así era su voluntad, y las santas me prometieron entonces llevarme al paraíso como yo lo había deseado.

Las santas no me mandaron guardar en secreto sus apariciones; pero me callé pensando que los borgoñones, y sobre todo mi padre, impedirían que fuese á ver al rey; por lo demás me permitieron, si yo quería, hablar de ellas á mis padres, pero yo no lo hubiera hecho por nada del mundo. En lo demás, siempre he obedecido puntualmente á mi padre y á mi madre; si aquella vez no lo hice y partí sin decirles nada, tengo seguridad de estar libre de culpa, pues partí de orden de Dios, y mandándolo Dios hubiera partido aunque hubiera tenido cien padres y cien madres y hubiera sido la hija del rey.

No recuerdo haber oído la voz de estas santas cerca del árbol de las Hadas; las he visto algunas veces en la fuente, pero no recuerdo qué me dijeron. Desde que supe que debía ir á lo interior de Francia, me abstuve cuanto pude de los juegos y fiestas bajo el árbol de las Hadas, y creo que no he bailado al rededor de este árbol desde que tuve uso de razón. Pocas veces suelo ver á las santas sin estar rodeada de esplendor; veo su rostro, pero en cuanto á sus vestidos, sus cabellos, brazos y demás miembros, si los tienen, no puedo decir nada. Siempre se me aparecen bajo la misma forma, y no he hallado ninguna contradicción en sus palabras. Distingo á una de otra por el tono de la voz y por el saludo, porque me llaman siempre que principian á hablar.

Las santas Catalina y Margarita llevan en la cabeza ricas y preciosas coronas, como lo merecen: comprendo bien lo que me dicen, tienen una voz dulce, flexible, amorosa y

hizo correr voces de que Juana era una hechicera, fué de nuevo derrotado en Patay; el tembloroso rey de Bourges vió crecer su ejército cada día y estrellarse la prudencia ante el entusiasmo, y á pesar de su miedo fué conducido á Reims por la Doncella, y coronado (17 de julio 1429).

Cumplida su misión, Juana quiso volver á sus campos y á su ruca; pero ni los grandes ni el rey quisieron consentirlo. Desde este momento pareció que las comunicaciones con el cielo habían cesado. No tenía ya decretos superiores que imponer donde bastaba la prudencia humana. Desplegaba siempre el mismo valor en los combates; pero ya no era el querubín seguro de la victoria. Tal vez la feroz voluptuosidad de las batallas, y la alegría salvaje de la victoria, invadían la pureza de su inocencia. Las realidades de un mundo perverso turbaban sus dulces fantasías, y para volverlos á encontrar se refugiaba á veces en algun oratorio de frailes, preparándose á la comunión en medio de un coro de niños. En fin, cayó en poder de los ingleses en el puente de Compiègne (24 mayo de 1430); y un *Te-Deum* y fuegos artificiales manifestaron cuánto temían á la pobre pastora, y cuán llena de ira y humillación estaba su alma.

Entonces comenzó un nuevo proceso que añadir á la lista de los que hacen la deshonra de aquel siglo. Encerrada en el castillo de Beaulieu, después en el de Beaurevoir, aunque sus santos la exhortasen á la paciencia, desesperó Juana de su suerte. Se espantaba á la idea de que el Norte de la Francia volviera á caer bajo el yugo de los ingleses. Trató de huir, pero sin éxito; se arrojó desde una ventana, y no se mató. Cargada de ca-

hablan bien el francés. Quisiera que todos las oyesen tan claro como yo. Antes y después de la libertad de Orleans, hablando conmigo me han llamado varias veces *Doncella Juana, Hija de Dios*. Las santas Catalina y Margarita de tiempo en tiempo me mandan que me confiese. Vienen sin que yo las llame, y si tardasen rogaría á Dios que las enviase; pero siempre que he tenido necesidad de ellas han venido en seguida.

Siento grandísima alegría cuando san Miguel, los ángeles y las santas se me aparecen, porque me persuado de que no estoy en pecado mortal, pues si lo estuviera me abandonarían al momento. Cuando se me aparecen les honro todo lo que puedo, y nunca será lo bastante, porque están en el reino de los cielos. Durante la misa he ofrecido varias veces un cirio al sacerdote, para que lo encendiese delante de la imagen de Santa Catalina en honor de Dios, de la Santísima Virgen María y de la Santa. También he adornado varias veces con coronas las imágenes de ambas Santas, y cuando se me presentan me arrodillo siempre, y si alguna vez no lo hago, les pido perdón. Cuando san Miguel y los ángeles me abandonan, beso la tierra en que pisaron y me inclino delante de ellos. Las santas Catalina y Margarita se cogen de mis brazos: ahora oigo todos los días su voz, de lo cual tengo gran necesidad; porque sin su auxilio hubiera ya muerto á estas horas. Las he visto con mis propios ojos, y creo en ellas como creo en la existencia de Dios.

denas, se vió entregada á malos tratamientos de viles carceleros, que llegaron hasta intentar arrebatarle la flor virginal que había conservado con un celoso cuidado bajo su corselete. Los profesores de la universidad, secundando el deseo de los extranjeros y las órdenes del cardenal de Winchester, verdadero rey de Inglaterra, condenaron á la libertadora de la Francia, y Pedro Cauchon, obispo de Beauvais, temiendo la legalidad de la Inquisición, trató de impedir la continuación del proceso en que se la acusaba, primero de magia y después de herejía y cuyo resultado se sabía ya. Las actas que existen (2) dan á conocer por qué medios tan absurdos consiguieron encontrarla culpable, hasta el punto de obligar á los escribanos á no tomar nota sino de lo que podía denigrarla. Carlos VII faltó al honor y al agradecimiento, cediendo á la influencia de los señores, á quienes la heroína infundía recelos, y á la de Inés Sorel, que temía encontrar en ella una rival. Abandonó á aquella á quien era deudor de la corona real, y la abandonó sin una protesta á su favor, sin un abogado para defenderla, en frente de encarnizados enemigos, jueces y partes á la vez. Sin embargo, la ignorante doncella respondió con claridad y precisión á las insidiosas preguntas de los desleales y taimados jueces (3). Proclamó en alta voz su misión, profetizando la completa libertad de la Francia, santo patriotismo que no sucumbía á la peor de las pruebas, á la de verse desconocido.

Todos los infames medios de sugestión se pu-

(2) Todo el proceso ha sido publicado por la sociedad de la Historia de Francia: el último tomo contiene testimonios de escritores contemporáneos.

(3) P. ¿Qué bendición hicisteis, ó hicisteis hacer á vuestra espada?

R. No hice hacer ni hice ninguna. Me era muy querida porque la había encontrado en la iglesia de Santa Catalina, que quiero mucho.

P. ¿Qué queríais más, vuestro estandarte ó vuestra espada?

R. Quería cuarenta veces más el estandarte, y yo misma lo llevaba al atacar á los enemigos, para evitar dar muerte á alguno; y nunca he muerto á nadie.

P. ¿Era en vuestro estandarte ó en vos en quien fundábais la esperanza de vencer?

R. Estaba fundada en Nuestro Señor y no en otra cosa.

P. ¿Si otros que vos lo hubieran llevado, hubieran tenido igual fortuna?

R. No lo sé, el Señor lo sabrá.

P. ¿Por qué ha sido llevado el día de la coronación de la iglesia de Reims, más bien que el de otro capitán?

R. Había estado en peligro, justo era que disfrutase del honor.

P. ¿Hacíais creer á las tropas francesas que esta bandera llevaba consigo la felicidad?

R. No hacia creer nada; decía á los soldados franceses: *Penetraad con valor entre los ingleses*; y yo misma entraba.

Al cargo de haber tratado de fugarse, responde: «Sí, lo he hecho, y es lícito á un prisionero. Si hubiera conseguido escaparme, no podrían acusarme de falta de fe, puesto que yo no había prometido nada.»

sieron por obra (4). Hasta se apostaron dos testigos para escuchar lo que confiaba en la confesión á un religioso. Habiéndole sugerido este monge que apelase á un concilio general, preguntó lo que era; cuando se lo hubo dicho, siguió voluntariamente su consejo é invocó la autoridad del papa. Pedro Cauchon no hizo caso de una apelación que anulaba todo su procedimiento: *El papa está lejos*, dijo. Además, ¿el papa, protector de los inocentes, no había sido abofeteado? Como se le dijo que el único medio de salvación para ella era abjurar, se informó de lo que esta palabra significaba, y á la explicación que se le dió se negó á ello, sosteniendo como verdaderas las revelaciones que había tenido. No quiso siquiera prestarse á decir *me parece*, porque la duda en esto hubiera destruido la convicción en que vivía.

Deseaba, sin embargo, con ardor recobrar su libertad y salvar la vida; no podía persuadirse de que Dios la hubiese abandonado, y de que no debiese hacer un milagro para su libertad. Presentósele un papel, que se le dijo ser una promesa de no tomar las armas ni vestirse de hombre, y le hicieron firmar con la cruz (porque no sabía leer ni escribir); pero era por el contrario una confesión por la cual se reconocía hereje, cismática, idólatra y hechicera. Bajo esta *espontánea deposición*, el obispo Cauchon la condenó á perpétua prisión, al pan del dolor y al agua de la angustia. Después, una noche ocultaron los vestidos femeninos que se le había intimado llevarse; y cuando la casta prisionera quiso cubrir su virginal desnudez, tuvo que tomar los vestidos de hombre puestos en su lugar. Esto fué bastante para que se la condenase al fuego como hereje, relapsa y hechicera (5).

(4) Es de admirar la habilidad con que una mujer sin cultura evita los lazos que le tienden, con el objeto evidente de hallarla en falta por sus mismas respuestas. Le preguntan: «¿Creeis estar en estado de gracia?» Si respondía que sí, se la podía tachar de presuntuosa, y diciendo que no, confesaba que era indigna de ser un instrumento de Dios. Respondió pues: «No lo sé; quiera Dios concederme tal estado, y si lo estoy, Dios me conserve en él.»

P. ¿Cuando san Miguel se os aparecía, estaba desnudo?

R. ¿Creeis que Nuestro Señor no tenga con qué vestirlo?

P. ¿Santa Catalina y santa Margarita odiaban á los ingleses?

R. Aman lo que ama Nuestro Señor, odian lo que odia.

Y cuando sus jueces le hablaban de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante, distinciones que no conocía, y en lo que era casi imposible no decir una palabra susceptible de ser interpretada como herejía, contesta: La Iglesia y Nuestro Señor es todo uno... Me presenté al rey de parte de Dios, de la Virgen María, de los Santos y de la Iglesia victoriosa de arriba; á ella me someto, como también las obras que he hecho y tenga que hacer.

(5) «El carro y la doncella habían llegado al lugar del suplicio, en el Mercado Viejo, cerca de San Salvador. Los que oían las ardientes oraciones con que se encomendaba á Dios y á los Santos, acusándose con contrición del menor pecado venial, no podían contener las lágrimas.